

ALEGRÍAS Y TRISTEZAS DE UN DIRECTOR DE BANCO

Al llegar a Medellín fui nombrado, tal como se había acordado en Bremen, segundo director del banco. Hartmann debía ser el primer director. Mi sueldo sería el mismo que el de Hartmann, es decir, quinientos pesos mensuales, solo que él tendría una participación de ganancias algo mayor. Yo estaba totalmente de acuerdo y en realidad conforme, incluso con la mayor participación en las ganancias de Hartmann, a pesar de saber que me tocaría la mayor parte del trabajo. Estaba contento con mi ocupación y me dediqué con ahínco a mi tarea. Volví a residir en el hotel Europa.

Desafortunadamente me encontré en el banco con un estado de ánimo muy nervioso. No existían para esto razones externas, pues la situación económica del país era en general bastante satisfactoria y el negocio del banco marchaba normal. Era el mismo Hartmann quien generaba inquietud. Como escuché de Gundlach, ya desde cierto tiempo atrás Hartmann estaba muy irritable y habían ocurrido constantes confrontaciones entre él y el personal. El mismo Gundlach se quejó de las dificultades del trabajo en conjunto con Hartmann. Me dijo que hasta se habían presentado quejas por parte del Consejo de Supervisión de Medellín, al igual que de la clientela.

Teniendo en cuenta mi acuerdo con Held, hice todo lo posible para evitar, no solo un enfrentamiento con Hartmann, sino también para aliviarle el trabajo lo más que pudiera. No obstante, me di cuenta después de unos pocos días, que era poco probable que mis esfuerzos tuvieran éxito alguno, porque Hartmann no hizo el menor esfuerzo por acogerlos bien; al contrario, trataba de dificultarme todo tanto como podía.

La primera confrontación entre nosotros tuvo lugar una mañana, cuando me reprochó de forma violenta no haberle informado sobre una cuestión desde Bremen, como me había sido encomendado. Le contesté, acorde a la verdad, que sí lo había hecho, lo cual desmintió con gran ira. Tuve la sospecha de que mis cartas reposaban en el ‘iceberg’ que se encontraba sobre su escritorio y me consideré con derecho a inspeccionar en su ausencia. En efecto, entre la pila de cartas se encontraban también algunas escritas por mí desde Bremen a Hartmann. Las puse frente a él, le dije dónde las había encontrado y que en

ellas estaban los informes que supuestamente él no había recibido. Se enojó bastante y me negó todo derecho a revisar en su escritorio los papeles que descansaban ahí, a lo cual le contesté que me tomaría ese derecho siempre que fuera necesario si él se permitía hacerme reproches injustificados y además en forma impropio, y que al mismo tiempo, yo debía insistir desde ahora, en beneficio del banco, que también las otras cartas que se encontraban en su 'iceberg' debían ser abiertas y despachadas si estaban relacionadas con los asuntos del banco. Así se hizo, pero la relación mutua, por supuesto, no mejoró de ninguna manera.

Pasaron unos días desagradables, en los cuales evitamos en cuanto nos fuera posible, tener que hablarnos. Esto fue muy difícil, porque aparte del hecho de que compartíamos la misma oficina, nuestro trabajo exigía una cooperación estrecha. Hartmann me entregó diversas cuestiones de las que había comenzado a ocuparse, sin ninguna explicación. Para evitar el riesgo de tener con él nuevas confrontaciones evité preguntarle al respecto y conseguí los informes necesarios de forma indirecta.

Un día me encargó la redacción de una carta sobre un convenio crediticio pendiente con Medellín. Hice un esbozo y se lo presenté; muy irritado, me lo devolvió, expresando su molestia por no haber considerado el contenido correcto. Eso era cierto, pero también, que había sido él quien había negociado con la ciudad y no yo, además me había sido imposible recibir de su parte respuestas satisfactorias a mis preguntas, y diversos puntos que debían haber sido mencionados en la carta me eran desconocidos.

Perdí la paciencia y decidí poner fin de forma inmediata a esta situación insostenible. Le dije que no estaba dispuesto a dejar que él siguiera dificultando mi trabajo con su humor y que yo tampoco podía seguir asumiendo una responsabilidad compartida en cuanto a los negocios del banco en caso de que la dirección siguiera en sus manos. Dejé a su arbitrio presentar nuestra desavenencia al Consejo de Supervisión de Bremen y de Medellín, pero agregué que, de todos modos, le daría de inmediato al personal la orden de dirigirse a mí, a partir de ese momento, en todos los asuntos. Sin mucho que decir, Hartmann abandonó la oficina. Al día siguiente comunicó a los consejeros en Medellín y Bremen que dejaría su puesto por razones de salud, como lo había proyectado desde tiempo atrás. Catorce días después se fue. Antes de esto había venido al banco algunas veces para ordenar sus asuntos, en esas ocasiones nos tratamos en forma correcta. Incluso me despedí de él en la estación, como era costumbre en aquel tiempo.

Su renuncia parecía una liberación, no solo para mí, sino para el personal del banco. Casi todos habían sufrido alguna vez por su estado de ánimo. Quizás, su peor defecto fue la falta de resolución. Tenía la costumbre de responder primero con las palabras "sí" o "no". Si de alguna manera era posible, trataba

de evitar el dictamen de una decisi3n clara, pero si luego un empleado realizaba algo mal entonces lo hacfa responsable de esto.

Propuse a las juntas supervisoras que nombraran a Gundlach como segundo director, lo cual fue aceptado de forma un3nime. El aumento de sueldo inherente a esta decisi3n fue muy conveniente para Gundlach, porque se habfa casado con una amiga de la juventud y ya era padre de un ni1o.

Gundlach y yo concertamos sin demora una divisi3n de trabajo razonable.  l seguirfa ocup3ndose, como hasta ahora, sobre todo de la gesti3n interna del banco, mientras que yo me querfa dedicar a la atenci3n de la clientela y al control de las sucursales. En cuanto a esto último, en ese momento tenfamos solo tres sucursales: en Barranquilla, Bogot3 y Honda; sin embargo, existfa la intenci3n de fundar otras a medida que las cuestiones de capital y personal lo permitieran. El hecho que el capital del banco no fuera suficiente para aumentar el volumen de los negocios, habfa sido aceptado por los interesados en ese momento. Por lo tanto, las principales figuras ya habfan decidido aumentar el capital tan pronto como la oportunidad de hacerlo fuera favorable.

Para Gundlach y para m3 comenz3 un per3odo de trabajo en conjunto agotador, pero a pesar de todo nos qued3 en la memoria como muy agradable, pues no estuvo afectado por ninguna fricci3n. Tambi3n, fue muy exitoso.

Por desgracia hubo en ese tiempo algunas disputas con mi hermano Franz, quien en absoluto contraste con las cartas con amenazas de suicidio que me habfa escrito desde Guatemala, ahora repentinamente ensalzaba las condiciones que habfa tenido all3 con respecto a todo lo que habfa encontrado en Colombia y pr3cticamente me reprochaba que yo lo habfa sacado de ese entorno tan grato para ‘trasplantarlo’ a esta Colombia desagradable. Las discusiones se hicieron tan molestas que finalmente abandon3 toda comunicaci3n con él. Me alegr3 que poco despu3 fue trasladado por Schütte, Bünemann & Co. a Manizales, donde en el transcurso de los siguientes a1os logr3 hacer muy buena carrera. Pero debieron pasar doce a1os hasta que volviera a recibir noticias directas de parte suya.

Mi vida privada se desarrollaba, en general, de la misma manera a como habfa sido antes de mi traslado a Barranquilla, aunque las circunstancias en Medellín comenzaban a cambiar de manera gradual. Desde cuando fui a esta ciudad por primera vez y hasta mi partida a Barranquilla, habfa sido el centro patriarcal y tranquilo de una poblaci3n que se dedicaba a la agricultura, la ganaderfa y la minerfa (oro); ahora, se perfilaban los comienzos de una industrializaci3n que hacfa avances favorables. La poblaci3n aumentaba constantemente, se construafan nuevos barrios, un tranvfa fue instalado, los autom3viles se hicieron m3s numerosos y las calles, antes tan silenciosas, se llenaron repentinamente con una vida a menudo demasiado bulliciosa. Una

nueva opulencia surgió y las costumbres cambiaron, por desdicha no siempre a favor. El mundo comercial antioqueño aún conservaba su buena y sólida fama; pero, a la par, ya se notaban algunos elementos especuladores. Los festejos, que antes eran tan esporádicos en el Club Unión, el cual se había trasladado a un edificio más grande y nuevo, se hicieron más frecuentes, importantes y ruidosos. La popularidad de la equitación disminuyó, mucha gente joven prefería pasear en automóvil, lo cual encontró su mayor popularidad en el mundo femenino. Anton Kraus, en aquel entonces quizá el primer joyero de Bogotá, me contó que la venta de joyas caras había disminuido porque las damas deseaban ahora con más frecuencia un auto, en lugar de una joya costosa. Viajes a caballo o en mula, que habían sido hasta ese momento algo habitual, comenzaron a ser considerados como una gran incomodidad. Las propiedades rurales, que solo eran accesibles por este medio, se desvalorizaron, mientras que las ubicadas en la llanura, por el acceso con automóvil se pusieron de moda y subieron de precio.



Banco Alemán Antioqueño, Medellín

Un gran problema con el cual teníamos que lidiar constantemente en el banco era atraer a una nueva generación idónea para nuestra creciente demanda de personal. En Colombia era imposible conseguirla. No había personal bancario capacitado, y para jóvenes inteligentes la carrera de empleado bancario, incluso con perspectivas de una carrera profesional de alto rango, ofrecía demasiado poco como para interesarlos en ella. Justo en ese momento, había bastantes posibilidades de progresar rápido, mas solo se podía hallar personal adecuado en el país para ocupar los puestos más simples. La nueva generación, en los puestos de mayor responsabilidad, debía ser provista por la sucursal de Bremen. Si bien no se podía afirmar que había desarrollado una habilidad especial para ello, tampoco se le podía envidiar la misión encomendada.



Sector de cajas, Banco Alemán Antioqueño, Medellín

En vista de las tristes circunstancias de vida en Alemania, se podría haber supuesto que la gente joven, igual que yo once años atrás, aprovecharía cualquier oportunidad para encontrar en otras regiones del mundo un mejor progreso, pero evidentemente, no era el caso, los jóvenes tenían ahora otra opinión. La experiencia de la guerra, y en especial la inflación posterior, privó a muchos de ellos del coraje y las ganas para intentar hacer carrera en el

extranjero, donde se les ofreciera un progreso, aparentemente seguro pero lento. Hubieran estado dispuestos a irse al extranjero si se les prometiera un sueldo alto y un tiempo de contrato corto. A algunos la inflación les quitó las ganas de trabajar, creían verse favorecidos si se dedicaban a los negocios de especulación florecientes en tiempos inflacionarios; esto se daba, con frecuencia, precisamente entre los empleados bancarios. En cambio, otros sentían temor de abandonar las condiciones de vida acostumbradas. Como secuela de la guerra, reinaba en esos tiempos gran avidez de diversión en la gente joven en Alemania, de la cual muchos no pudieron liberarse.



Hans Sitarz en su escritorio, Banco Alemán Antioqueño, Medellín

Como consecuencia, entre los empleados contratados por Bremen había muchos que, después de una corta estadía en Colombia, demostraron ser inadecuados y tuvieron que ser enviados de regreso. Por lo que recuerdo debimos mandar, solo en el año 1922, alrededor de una docena de ellos de vuelta. Las experiencias que tuvimos que vivir con estas personas, de las cuales algunas se distinguían por su increíble impertinencia en el comportamiento y su modo de pensar, fueron muy desagradables. En vista de tales ejemplos, la actitud negativa que Hartmann y Krische habían adoptado frente a todo personal nuevo no era tan incomprensible.

No solo el banco, sino también diversas empresas industriales a las que llegaron técnicos alemanes, tuvieron estas experiencias desagradables. Yo recibía entonces, a menudo, la solicitud de mediar entre los dueños de fábricas colombianas y los técnicos alemanes. La misión era poco agradable y siempre sin éxito a largo plazo. Por consiguiente, después de estas experiencias la adquisición de técnicos alemanes se paralizó por completo. ¡Los colombianos comenzaron a hacer diferencia entre los alemanes de la anteguerra y de la posguerra!

A fines de 1922 hice mi primera gira por las sucursales en función de director general del banco, la que desde ese momento repetí regularmente una o dos veces cada año. Me impuse como regla visitar en cada viaje, con director de sucursal pertinente, la mayor cantidad posible de los clientes más importantes, para enterarme de sus opiniones, deseos y estados de ánimo. Adquirí de ese modo un conocimiento muy exacto de la vida económica colombiana, como probablemente solo pocos poseían, lo cual a su vez de nuevo tuvo efecto positivo en nuestras operaciones comerciales.

En el vuelo de regreso desde Barranquilla a Puerto Berrío, durante la gira mencionada, viví una pequeña aventura. En la mañana de la partida era el único pasajero, la restante capacidad de carga del pequeñísimo avión se había aprovechado hasta el último centímetro con bolsas de correspondencia y paquetes de dinero. Evidentemente estábamos algo sobrecargados y nuestro despegue se logró con algunas dificultades. Después de volar algo más de una hora entramos en una niebla, tan densa, que el piloto consideró necesario acuatzar (los primeros aviones en Colombia eran hidroaviones) y esperar que cesara la niebla.

Demoró una hora larga, mientras estábamos anclados en un lugar de poca profundidad, que aclarara lo suficiente para poder proseguir el viaje. Pero ahora la sobrecarga del avión tomó revancha, pues luego de más de una docena de intentos por lograr el despegue el piloto debió renunciar, ya que no había ninguna probabilidad de poder elevarse con toda la carga desde el agua, y me comunicó que no veía otra solución que desembarcarme (a mí, el único pasajero), seguir viaje con la correspondencia y los paquetes de dinero hasta la próxima estación, Mompós [sic], y regresar para buscarme. Como no le pude hacer una mejor contrapropuesta, tuve que dar mi consentimiento, pero le pedí seguir unos minutos bordeando la costa del río, para ver si podíamos encontrar una cabaña donde me pudiera quedar durante la espera; hasta ese momento, solo habíamos visto bosque. Estuvo de acuerdo con esto, y en corto tiempo encontramos, efectivamente, una casa solitaria en la cual vivía una familia de negros que amablemente ofreció permitirme esperar el regreso del avión.

Eran cerca de las diez de la mañana y el piloto, capitán Hesse, un exoficial alemán, prometió buscarme a la una. Después que la carga del avión había sido reducida al quitarle mi peso, este se levantó sin dificultad de la superficie del agua y desapareció luego de unos minutos en el horizonte. Mis amables anfitriones me ofrecieron pasar la espera en la sombra de su cabaña, lo cual acepté agradecido. La promesa del piloto Hesse de buscarme dentro de tres horas la había aceptado con algo de escepticismo, dudaba un poco que volviera a ubicar el lugar donde me había dejado. Por eso interrogué a mis anfitriones de qué manera podría llegar a la próxima localidad más importante junto al Magdalena. Me contestaron que los barcos a vapor nunca se detenían ahí, donde estaban ellos, pero que probablemente después del atardecer, encontraría lugar en alguna canoa que pasara rumbo a Calamar, aunque el viaje hasta allí podría durar toda la noche. Nadie viajaba en canoa sin necesidad durante el día, debido al calor. Por lo tanto, si el avión no regresaba, ellos podrían llamar a una de las canoas que pasaban, para que me llevaran.

Más no se podía hacer por el momento, así que con tranquilidad me resigné a mi situación, que no era tan desagradable. Esta gente causaba buena impresión. La casa era sencilla; excepto un cuarto pequeño, era solo un techo sobre postes, entre los cuales estaban colgadas las hamacas. Estaba ubicada en una curva sobresaliente en la ribera del río. Una leve brisa amortiguaba los mosquitos. Junto a la casa había una plantación de bananos y yuca. En cuanto a animales domésticos, había algunos cerdos y gallinas. De estas últimas, una tuvo que morir para nuestro almuerzo.

Cerca de la una, uno de ellos exclamó: “Ahí viene el pájaro”. Con su aguda vista había reconocido al avión, que apareció primero apenas como un punto. Poco después aterrizó justo delante de la cabaña y Hesse, con el reloj en la mano, exclamó: “¿Y somos puntuales, no?”. Realmente lo había sido. Me despedí lleno de agradecimiento de mis anfitriones, subí rápido al avión, que tenía dificultades al permanecer junto a la costa debido a la fuerte corriente en ese lugar, y a los pocos minutos estábamos en el aire.

El piloto había depositado la correspondencia y los paquetes de valores donde el alcalde (Bürgermeister) de Mompós, donde debíamos pasar la noche. A raíz del calor de la siesta era imposible despegar de nuevo con toda la carga, e incluso de poder hacerlo habría sido demasiado tarde para llegar a la próxima estación, Puerto Berrío, antes de la puesta del sol. Según me explicó el piloto, el motivo de nuestra mala suerte ese día, aparte de la niebla, fue la circunstancia de que la fuerza ascensional de la hélice era mucho menor en el aire caliente que en el aire fresco. Partiendo a la mañana siguiente, bien temprano, no tendríamos dificultades de despegue. Unas hélices nuevas y mejoradas, que ya habían llegado a Barranquilla, evitarían en el futuro este tipo de dificultad.

Poco antes de la llegada a Mompós, a unos mil doscientos metros de altura, el piloto apagó el motor y dejó posarse el avión en el agua en un vuelo planeado elegante y silencioso. La pequeña ciudad de Mompós, vieja y dormida, me era desconocida. Hace unos años había sido un lugar importante hasta que, repentinamente, el Magdalena envió la mayor parte de su caudal a través del brazo que pasaba por Magangué. Debido a esto, el brazo de Mompós era poco profundo para vapores de mayor porte y la ciudad perdió importancia. Sin embargo, la población causaba una impresión amable, así como también el pequeño hotel, limpio y ordenado.

En el temprano amanecer del día siguiente estábamos listos para partir y sin dificultad nos elevamos de la superficie del río. Con buen ánimo hicimos las dos o tres horas de vuelo hasta Puerto Berrío. No del todo de acuerdo con las regulaciones de la Scadta, pero con mi total conformidad, Hesse voló un tiempo prolongado a muy baja altura a lo largo del río, lo que proporcionó una impresión mucho mejor de la velocidad con la cual nos movíamos, que no hubiera sido posible desde una altura mayor. Nos encontramos con algunos barcos a vapor, que saludaron la entonces aún rara vista de un avión con sus sirenas. Después de llegar a Puerto Berrío, me despedí de Hesse, quien luego de una corta estadía siguió viaje a Girardot.

El tren, que a diario salía a las seis de la mañana a Medellín, por supuesto ya había partido, por lo tanto debí pasar la noche en Puerto Berrío, lo cual no me desagradó. El pequeño pueblo, que casi solo consistía de la estación de tren, tenía un hermoso hotel construido en estilo tropical moderno, en el que todas las veces me sentía contento de pasar un día. Estaba ubicado en la ladera de una loma, no lejos de la ribera, y desde las terrazas que daban al Magdalena se tenía una amplia vista del hermoso río y las extensas selvas que se extendían entre este y su afluente, el Carare. Estas selvas todavía se consideraban impenetrables. En ellas vivía la tribu de los indios carare, que rechazaban el contacto con el mundo exterior y atacaban a los intrusos con flechas envenenadas. Los buscadores de petróleo que se acercaban a esta región habían vivido experiencias desagradables allí.

Hace años, en Nare, había conocido a un indio carare. Era aún una persona joven, pequeña, de color marrón cobre brillante y con largo cabello negro lustroso y lacio. Solo hablaba unas palabras en español. La gente en Nare contaba, que había llegado desnudo como fugitivo, aparentemente perseguido por venganza de sangre, pero la impresión que causaba era más bien amable que belicosa. Era excelente en el manejo de la canoa. En uno de nuestros viajes en canoa por el río Nare fue uno de los tripulantes que nos conducían.

Por la parte trasera del hotel un sendero conducía a la cima de la loma, cuya escarpada ladera sur bajaba a una ensenada del río, el cual conformaba allí

un peligroso remolino. La ensenada se llamaba El Abismo, en alemán *Der Abgrund*. Siempre que disponía de tiempo, hacía un paseo hasta esa cima, en la cual constantemente soplabla una brisa fresca y desde la que se tenía una amplia vista sobre el imponente río y el paisaje tropical lujuriosamente verde.

Al principio solo un alemán aventurero había venido para hacerse cargo de la administración de este moderno hotel metido en esta región despolada. Hugo Herchenbach ya era un hombre de alrededor de los sesenta años. Inteligente, decidido superior a la media, había asistido a una universidad alemana y no retrocedía ante ninguna tarea, en especial cuando parecía no ofrecer ninguna posibilidad de éxito. A pesar de su edad era aún muy vivaz y activo. Lo conocí unos años atrás, en un pueblo de montaña en Antioquia, ya no sé si era Aguadas o Salamina, cuando pasé en compañía de August Borné, quien ya lo conocía. En el pueblo, Herchenbach había instalado un hospital, que administraba con total conformidad de la población. La gestión había marchado bien, lo cual fue motivo suficiente para que don Hugo buscara otra actividad. Probó con la minería aurífera, rescató un barco a vapor hundido hacía varios años en el Magdalena, trabajó como proveedor de leña para los barcos a vapor y ahora era administrador del hotel. Hacía su trabajo realmente bien, incluso lograba servir buenas comidas a pesar de todas las dificultades, y la administración del ferrocarril estaba muy conforme con él. Pero, ya estaba aburrido y poco después de mi paso por el lugar abandonó su puesto. De ahí en adelante fue en declive. Poco después lo perdí de vista. Según Borné, provenía de una familia buena y pudiente. Se había casado en Alemania y una hija era la esposa de un oficial ulano. Se decía que la familia había hecho intentos de convencer a Herchenbach de regresar a Alemania, lo que siempre había rechazado. Él era un gran tipo, singular, pero de ninguna manera el único en su especie; conocí a unas cuantas personas de este tipo en el trópico.

Poco antes de finalizar 1922, volví a Medellín. Exceptuando las desagradables disputas con Hartmann y mi hermano Franz, el año transcurrido había sido bastante satisfactorio. En mi opinión podía enfrentar 1923 con confianza; sin embargo, hubo en él una serie de meses extremadamente difíciles, en los cuales durante algunos días hasta parecía peligrar la existencia del banco, como también una desgracia personal.

El comienzo del año me trajo, en primer lugar, una mejora en mi vida privada. Aún residía en el hotel Europa, con cuyos dueños, el matrimonio Wilhem Gebhard, me unía desde siempre una gran amistad. El movimiento, mucho más grande y animado del hotel, al estar ubicado en una de las calles comerciales más ruidosas, la de Colombia, hizo la residencia, a la larga, muy intranquila, y desde un tiempo atrás albergaba el deseo de buscar otra

vivienda, pero la permanente sobrecarga de trabajo, así como los reiterados viajes, me habían impedido realizar este propósito. El azar vino en mi ayuda.

El representante de la empresa alemana Hugo Stinnes, Hanns Kissenberth, tuvo que marcharse de Medellín después de que, recién casado, había acondicionado una casa. Yo lo conocía poco, pero por intermedio de un conocido en común me hizo un día la propuesta de comprarle el mobiliario interior y hacerme cargo del contrato de alquiler. Hice una inspección ocular de las cosas, me gustaron, y como el precio pedido por él me pareció justo, acepté. Pocos días después, me mudé. También me hice cargo de su personal de servicio, e incluso de su gato.

La casa y su mobiliario me gustaron bastante. Los muebles eran de un estilo simple, pero bien hechos y confeccionados con maderas finas. En parte eran de caoba y en parte de la entonces rara madera de cedro negro. La casa vieja, de construcción sencilla, estaba ubicada en una cuesta, en una esquina entre las calles Cuba y Ecuador, y tenía una hermosa vista sobre la ciudad y gran parte del valle de Medellín. No era muy grande y estaba construida alrededor del habitual patio. Tenía un jardín al costado y un extenso césped hacia ambas calles. En un pequeño patio estaba ubicado el tradicional baño, empotrado en el piso.

El personal de servicio consistía de Paulina, la cocinera, ya mayor y negra como el azabache, y una sirvienta. Paulina demostró ser un alma fiel, honesta y confiable. Nunca perdí de vista ni la más ínfima pequeñez después de regresar de alguno de mis viajes. Como para mí el orden y la regularidad eran muy importantes, tenía una casa bien ordenada, en la cual me sentía muy a gusto. Nunca me olvidaba tampoco de llamar a Paulina, si volvía más tarde o no iba a comer. En el vecindario vivían varios matrimonios alemanes, de los cuales las mujeres ocasionalmente, por diversas razones, es decir, por curiosidad, visitaban a mi Paulina y aprovechaban la oportunidad para inspeccionar la casa. También ellas debieron admitir que mi hogar estaba bastante presentable.

Después que el comienzo del año 1923 no había estado nada mal en cuanto a negocios, repentinamente se presentó un sensible retroceso en los precios del café; como consecuencia, se desencadenó una situación comercial que fue empeorando mes a mes. Los bancos en Bogotá entraron en dificultades y uno de ellos, el Banco López, que había logrado gran popularidad, debió suspender sus pagos. Luego de una serie de días intranquilos, durante los cuales existió el peligro de que el público iniciara una tormenta en las cajas de los otros bancos, se logró generar un apaciguamiento.

Ya habíamos podido albergar la esperanza de ser eximidos de las consecuencias de la crisis bogotana en Medellín, cuando algunos de los cheques

por nosotros emitidos no fueron pagados, debido a un error de nuestra conexión bancaria en Nueva York, la Equitable Trust Co. Las cantidades no eran grandes, y la reputación de nuestro banco era tan firme que en tiempos normales el incidente no hubiera tenido mucha importancia. No obstante, debido a la impresión causada por los sucesos en Bogotá, y no sin la participación de uno u otro banco de la competencia, desde cierto tiempo envidiosos, se le dio mayor relevancia al incidente de la que merecía, lo cual dio como resultado que comenzara una disminución lenta pero constante de nuestro dinero en caja, sin que se nos diera en esas circunstancias la posibilidad de recuperarlo por la vía normal.

¡Comenzó un mal tiempo! Con base en el movimiento diario de caja podía pronosticar, con seguridad, que el banco debería suspender sus pagos a más tardar en el lapso de dos semanas si no se presentaba ningún cambio de la situación, que se agravaba cada día más. Reinaba un silencio siniestro en el banco, solo interrumpido por el sonido de las monedas de cambio cuando caían sobre la placa de piedra del cajero. ¡Pocas veces un ruido me fue tan desagradable como ese!

Todos los días tenía una o dos reuniones con la junta supervisora colombiana, durante las cuales intentábamos, una y otra vez, encontrar una salida a la difícil situación, aparentemente sin esperanzas, en la cual se encontraba el banco. Todos sabíamos en realidad que el banco en sí era sólido y solvente, como debía serlo. Nuestro problema consistía solo en que teníamos depositada la mayor parte de nuestro dinero en Nueva York y no en Medellín, donde lo necesitábamos con urgencia. Tener tantos activos posibles en Nueva York era en aquel tiempo, normalmente, uno de los privilegios más grandes del que podía gozar un banco colombiano, y justo esa circunstancia, a la cual le habíamos conferido siempre suma importancia, y que hasta ese momento nos había significado una gran ventaja, ahora amenazaba con convertirse en nuestra ruina.

De repente, uno de los consejeros de la Junta, creo que fue el doctor Jorge Rodríguez, tuvo una idea al parecer prometedora. La Casa de Moneda de Medellín poseía en Bogotá una gran cantidad de notas de valores semejantes a los billetes de banco, llamados certificados, que emitió a cambio de la compra de lingotes de oro y luego fueron canjeables por la moneda de oro. Estas notas eran sobre sumas que eran habituales en billetes de papel común y aceptadas por la población con buena disposición, a modo de pago. Si el Gobierno organizaba el Congreso, que sesionaba en ese momento, podría emitir una ley de emergencia según la cual las notas de valor de la Casa de Moneda podrían ser emitidas transitoriamente como dinero y, al mismo tiempo, si el Gobierno le concedía a nuestro banco un importe adecuado de estas notas de valor a

cambio de una parte de nuestro dinero en Nueva York, entonces la crisis en el departamento de Antioquia sería eliminada de un solo golpe.

Con verdadero entusiasmo todos acogimos esta sugerencia y se decidió por unanimidad que yo, junto con el doctor Jorge Rodríguez y Manuel M. Escobar O., nos pusieramos en contacto con el Gobierno en Bogotá para ejecutar el plan.

El doctor Rodríguez, Escobar y yo redactamos, en primer lugar, un telegrama al ministro de Finanzas, doctor Jesús M. Marulanda, al que los tres conocíamos bien y con el que éramos amigos, donde le resumimos los riesgos de la situación y solicitábamos una conferencia telefónica. La respuesta, inmediata, fue la de que el ministro estaría a nuestra disposición a las ocho de la noche.

En ese momento se encontraba en Bogotá una comisión financiera americana que había sido solicitada al país por el Gobierno colombiano, la cual se hallaba bajo la conducción del profesor de Princeton, Kemmerer, y debía ayudar en la fundación del nuevo banco gubernamental, el Banco de la República. En honor a esta comisión se celebraría, esa misma noche, una recepción en el palacio del presidente y debido a esa circunstancia el ministro de Finanzas nos comunicó en su telegrama que con motivo de la conferencia se trasladaría a la oficina de telégrafo del palacio presidencial y tanto el presidente, general Pedro Nel Ospina, como en caso necesario la comisión financiera americana, participarían junto a él.

Nuestra conferencia telegráfica duró desde las ocho de la noche hasta las cuatro de la mañana —en aquellos tiempos no había aún teléfono interurbano— y terminó con el éxito que habíamos deseado. Al comienzo de la conferencia nos comunicó el ministro que el Gobierno había decretado que en los siguientes tres días todos los bancos del país cerrarían sus puertas. Durante esos tres días se aspiraba a realizar la fundación del banco gubernamental, de lo cual se esperaba un efecto tranquilizador sobre el público. Esos tres días de feriado bancario nos daban suficiente tiempo para ejecutar nuestro plan, que fue muy bien recibido por el Gobierno y sería puesto en práctica como lo propusimos. Se acordó que el Gobierno le compraría a nuestro banco el monto de trescientos mil dólares en letras de cambio en Nueva York y nos mandaría inmediatamente a Medellín el importe equivalente en billetes de la Casa de Moneda, en un avión que debíamos contratar nosotros.

A pesar de que el Gobierno, incluido el presidente en persona, se mostró muy amable, subrayando en forma halagüeña su confianza en el banco y expresando su satisfacción en poder brindarle ese servicio, insistimos en nombre del Consejo de Supervisión en que las letras de cambio que serían adquiridas por el Gobierno fueran rubricadas por todos los miembros apoderados

de la Junta. Estas valían en su totalidad menos de tres millones quinientos mil pesos.

Nosotros, los que habíamos negociado, nos felicitamos por el final feliz y liberados de una pesada carga nos fuimos a casa. Me dolía la mano de tanto escribir rápido, pues como era el más joven me había hecho cargo de tomar las notas de lo acordado en la conferencia. Fue un gran paquete de papel el que me llevé a casa.

Al día siguiente, el Consejo de Supervisión le dio la noticia a un periódico de que nuestro banco tenía en camino un gran envío de dinero que llegaría aun antes del final de los feriados bancarios. Esta noticia, que causó una explosión de alegría, fue suficiente para poner fin a la crisis en Medellín, no habría hecho diferencia alguna si no hubiéramos dejado que el dinero llegara.

Como premio por las graves preocupaciones que habíamos soportado, esta crisis terminó para el banco con gran aumento de su prestigio, no solo en Colombia, sino también en el extranjero. Durante esos días difíciles apenas hubo un motivo de alegría para mí y fue la excelente cooperación que había encontrado por parte del Consejo de Supervisión. Sumamente valiosas fueron para mí las deliberaciones con los señores M. M. Escobar O., el doctor Jorge Rodríguez y Alejandro Echavarría. Todos los miembros del Consejo demostraron ser absolutamente generosos. A pesar de saber que con la firma de las letras de cambio vendidas al Gobierno no corrían ningún riesgo, sin duda hubieran tenido derecho a pretender una remuneración por su servicio, mas cuando surgió de alguna manera el tema, esa consideración fue rechazada de forma unánime. Si mal no recuerdo, la conferencia con el Gobierno terminó en la mañana del 20 de julio [día de la Independencia de Colombia].

Tan pronto la situación en Medellín pudo considerarse de nuevo como segura, escribí una carta contundente a la Equitable Trust Company en Nueva York, cuyo proceder irresponsable fue el principal causante de las dificultades vividas, y presenté un reclamo de indemnización por daños y perjuicios.

A la brevedad no llegó una carta, sino tres, presentando sus disculpas. Estaban escritas por el gerente del Departamento Exterior, por el presidente y por el director de la Junta Directiva del banco. En las tres misivas el banco reconocía su culpa, pero evitó dar una respuesta a la cuestión de la indemnización, a cambio prometió asignarnos la mayor cantidad posible de negocios y dicha promesa fue cumplida después. Se nos proporcionó, además, un crédito más grande. Por lo tanto la crisis terminó, también en este aspecto, de forma favorable para nuestro banco.

Pero los tiempos difíciles no habían pasado sin afectarme un poco, a pesar de mis buenos nervios. Apenas había pasado escasamente un año desde que había ocupado el puesto de director general y ya estaba convencido de que ciertos

círculos me culparían personalmente si algo le sucedía al banco. Por eso, luego de que todo se había tranquilizado deseaba unos días de relajación y la oportunidad se me presentó cuando el amigo Luis M. Escobar O. me invitó de nuevo a compartir con él y un grupo de caballeros la visita a varias haciendas de ganado en el Cauca. Como invitado especial nos acompañaría en la cabalgata un señor Konrad Bock, de Hamburgo, socio de la entonces importante empresa H. C. Bock, que realizaba grandes negocios en Medellín, y al que además le gustaba sobremanera la ciudad.

En una hermosa mañana, nuestro grupo de ocho a diez hombres inició el viaje, todos bien provistos de excelentes cabalgaduras y con el mejor ánimo. Konrad Bock estaba entusiasmado y comentó que en la Alemania empobrecida ni siquiera una ciudad como Hamburgo estaba en situación de juntar un grupo de jinetes en caballos tan buenos.

Después de varios días en camino y habiendo transcurrido todo de manera muy satisfactoria, me tocó la desgracia aludida. Nos encontrábamos en la hermosa hacienda Tunis, perteneciente a Pedro Vásquez U. La mayoría de nuestros acompañantes se había retirado a una siesta, cuando Pedro Vásquez me preguntó si tenía ganas de acompañarlo en la inspección de un rebaño de bueyes cebados, listos para la venta, que estaba en un campo de pastoreo alejado. En el camino de regreso me mostraría, entonces, el punto panorámico más hermoso de su hacienda. Con gusto estuve dispuesto, y tras algunas horas en camino Pedro Vásquez señaló una pequeña loma frente a nosotros, desde la cual tendríamos una buena panorámica.

Con paso lento, encontrándome entre el administrador de la hacienda, que cabalgaba delante de nosotros, y Pedro Vásquez, quien cabalgaba detrás mío y con el cual conversaba, nos dirigimos hacia la cima por el sendero algo cubierto de maleza cuando de repente mi caballo cayó con las patas delanteras en un profundo agujero, del cual salió un asustadizo armadillo. Sentí dolor en la parte inferior de la pierna izquierda, pero pude sacar mi caballo del agujero y bajar deslizándome de la montura.

Luego, el mundo empezó a darme vueltas. Me había quebrado la pierna izquierda en dos partes, la primera debajo de la rodilla y la segunda encima del tobillo; el caballo la había apretado contra el borde de la zanja. La loma era, como después se supo, un viejo cementerio indígena, donde se había cavado reiteradamente en busca de oro, pero los huecos no fueron rellenados de nuevo.

Por suerte, uno de nuestros acompañantes era el ya mencionado doctor Juan Pablo Gómez Ochoa, quien me aplicó la primera terapia después de haber sido llevado en una camilla a la casa. Primero me acomodó las quebra-duras, luego me aplicó con los medios más primitivos un vendaje tan excelente que soporté el transporte de regreso a Medellín en forma óptima. Antes

de acomodar los huesos, el doctor Gómez me dio como anestésico un coñac fuerte; por lo demás, apreté los dientes. Konrad Bock, que se había puesto muy nervioso con el asunto, trató de anesthesiarse también un poco, tomando entretanto dos botellas de vino del Rin.

Ocho acarreadores, que debían ser turnados a los pocos minutos, me transportaron durante dos días hasta la estación de ferrocarril Angelópolis. En la parte más difícil del camino, donde la camilla era demasiado ancha, y por los senderos montañosos angostos y serpenteantes, nos acompañaron cuarenta y ocho portadores en total. La camilla era una cosa pesada y tosca, y yo tampoco era liviano. Sentí lástima por los pobres muchachos que me llevaban, a pesar de que estos estaban siempre de buen humor.

El accidente me sucedió en uno de los últimos días de agosto y casi sesenta días después pude ir de nuevo a la oficina con la ayuda de un bastón. Durante el tiempo que debí guardar reposo mis amigos de Medellín, encabezados por los miembros del Consejo de Supervisión, se mostraron desde su lado más amable. Pedro Vásquez, quien se sintió muy afectado porque me había sucedido el accidente en su hacienda, no permitió compensarle los gastos. Ni tampoco el doctor Gómez, a quien se envió una factura por su valiosa y oportuna ayuda. También mi personal de servicio, en especial la vieja Paulina, se comportó en ese tiempo de modo excelente. A fines de diciembre estuve nuevamente en condiciones de hacer una de mis habituales giras por las sucursales.

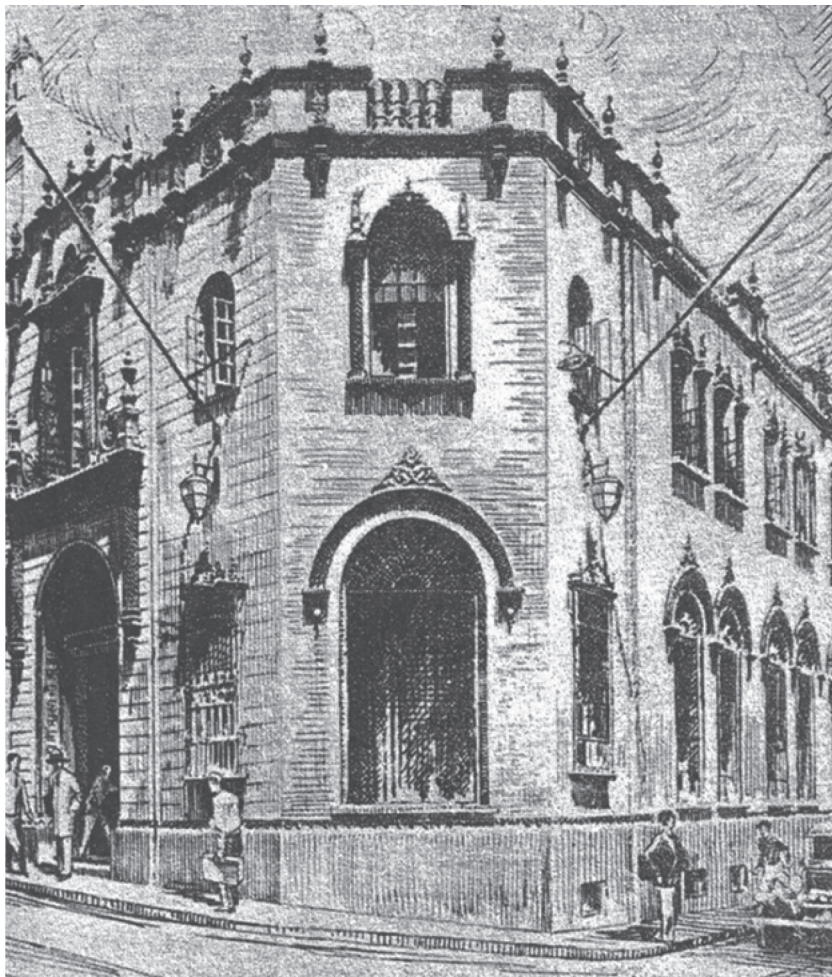
El año 1924 empezó financieramente bien y terminó de la misma forma. Durante su transcurso, el capital del banco se incrementó de los iniciales setecientos cincuenta mil pesos, a dos millones. El volumen de transacciones bancarias aumentaba con constancia y desde el Consejo de Supervisión se presionaba para fundar nuevas sucursales. Yo estaba muy de acuerdo con esto, pero con la condición de que primero hubiera suficiente personal directivo que las pudiera atender. Bajo la influencia de Thiel fue ordenado acelerar la fundación de sucursales a pesar de mis objeciones, por lo cual se suscitarían adelante graves dificultades para nosotros, pero Bremen mantenía la postura de que en caso de demasiado titubeo se nos podrían adelantar otros bancos, lo que también era cierto.

La primera sucursal inaugurada en 1924 fue la de Cali, y como director se designó a Grünwald, de quien pensábamos de forma unánime que había hecho muy bien su tarea en Honda. Esto era una equivocación que solo fue posible porque el entonces modesto Heinatz había quedado de forma voluntaria totalmente relegado en cuanto a sus logros. Grünwald era un perfecto cero a la izquierda para nosotros, a pesar de su aparente exitosa carrera en la Hongkong y Shanghai Banking Corporation, en China, lo cual se evidenciaría poco después de comenzar su tarea en Cali.

Noticias intranquilizantes procedentes de allí me motivaron a una pronta visita a la sucursal recién fundada, que encontré en un estado totalmente insatisfactorio. Como vicedirector de la sucursal habíamos nombrado, confiando en la equivocada supuesta eficiencia de Grünwald, a un joven de Bremen, Holzmann, hijo de un apoderado de la empresa A. Held, quien también tenía buenas recomendaciones y se reveló, al igual que Grünwald, como completamente inepto. No tardé en darme cuenta de que bajo la dirección de Grünwald-Holzmann la sucursal iba camino al abismo, lo que ellos no querían entender de ninguna manera. Fueron despedidos lo más rápido posible y reemplazados por otros que, no obstante, aún no eran satisfactorios, pero nuestra falta de personal capacitado era tan grande que no teníamos otra opción. Demoró quizás dos años, hasta que se logró solucionar de forma satisfactoria el problema del rendimiento en Cali. A partir de ese momento la sucursal hizo progresos moderados, sin lograr alcanzar mayor relevancia. Esto último estaba en consonancia con el desarrollo de la ciudad que nunca experimentó el auge esperado de ella después de haber terminado la conexión ferroviaria con Buenaventura.

Si bien en los diez años que habían transcurrido desde mi primera visita la ciudad se había agrandado y mejorado, ni lejanamente lo estaba en la medida en la que habían progresado en ese tiempo otras ciudades colombianas como Bogotá, Medellín y Barranquilla.

Esta vez había comenzado mi viaje a Cali desde Bogotá y crucé, por primera vez, el Paso del Quindío, a más de 3.200 metros, en la cordillera Central. En aquellos tiempos se viajaba desde Bogotá hasta Ibagué en el ferrocarril; de Ibagué hasta Armenia, según las condiciones climáticas y los caminos, durante un día y medio o dos en mula, y de Armenia hasta Cali nuevamente en el ferrocarril. El trayecto parcial entre Armenia y Zarzal acababa de completarse y su funcionamiento aún no era seguro, los deslizamientos de tierra y los descarrilamientos estaban todavía a la orden del día en ese trayecto montañoso, e incluso mi tren no se salvó de este destino, ya que fue inmovilizado por esa circunstancia durante horas. En La Paila, donde en 1914 encontré una localidad con solo unas pocas casas y había pasado una noche algo desagradable al regresar de Cali, se levantaba ahora una estación de ferrocarril, alrededor de la cual había surgido una pequeña aldea.



Banco Alemán Antioqueño, Cali

Fuente: Banco Alemán Antioqueño, Medellín, sin indicación de página.

El regreso desde Cali lo hice de nuevo por el Paso del Quindío; después visité la sucursal de Honda y seguí a Medellín. La cabalgata por el Quindío me gustó muchísimo, entre otras cosas porque las elevaciones aún estaban cubiertas por un hermoso bosque de gran altura. Dos o tres años más tarde se había desmontado todo imprudentemente. También era paisajísticamente hermoso el trecho del camino ubicado entre el pico del Paso y la ciudad de Ibagué, que bordeaba la ribera sur del profundo río Coello.

Llamaba la atención lo diferente que era la población de un lado del Paso del Quindío, de la del otro. La ladera oeste, que bajaba hacia el Cauca, estaba poblada por antioqueños, los cuales en su mayoría causaban una impresión de salud, fuerza y energía; en cambio, la población del Tolima, que se extendía desde la cima de la montaña hacia el este, daba la impresión de debilidad y falta de energía; se veían muchas personas, incluso niños, con un color de piel amarillo, poco natural, a consecuencia de constantes ataques de malaria, según se me explicó.